

CAPITULO XII.

Pilar sigue su historia.

Retrocedamos algun tiempo en nuestra relacion, y ocupémonos de Enrique y de Pilar, cuya historia quedó interrumpida por segunda vez por haber sonado la hora señalada de llevar la comida al preso de la Acordada.

Varios dias habian trascurrido desde la segunda visita, cuando Enrique, desocupado de los asuntos del gobierno en que habia tomado parte, se dirigió á la plazuela de San Sebastian.

Pilar le recibió con el cariño sincero de un corazon agradecido.

—Con sumo cuidado he estado estos

dias, D. Enrique, temiendo le aconteciera á vd. alguna desgracia al tomar parte en la caida del general Guerrero.

—Gracias, Pilar. Hubiera deseado avisar á vd. de cuanto acontecia; pero engolfado en palacio, donde mis servicios se consideraban útiles, me fué imposible cumplir con mi deseo. Pero no solamente se me hacia sensible verme obligado á renunciar al placer de disfrutar de la grata compañía de vd., sino tambien el no poder escuchar el fin de la relacion que quedó cortada en o mas interesante.

—Gracias, D. Enrique.

—¡Ah!.... conque, referidme lo que le pasó á vd. al huir de la casa de su perseguidor.

—Voy á obsequiar el deseo de vd. Al verme fuera, crucé corriendo varias calles, mirando siempre hácia atras temiendo que me persiguiera. Yo no conocia la poblacion y marchaba desatinada sin saber hácia dónde me dirijia, pero tan aprisa, como si llevase alas en los piés.

El miedo, que sin duda estaba impreso en mi semblante, unido á mi extrema agitacion y á mi precipitada fuga, llamaron la atencion de una pobre mujer que estaba sentada á la puerta de una accesoria: "¿qué le pasa á vd., señorita? me preguntó, ¿está vd. mala?... pase vd. Yo, al escuchar aquellas palabras, ví el cielo abierto, y entré.—Sálveme Vd., le dije, sálveme vd. de los que me persiguen. Al oirme, aquella mujer cerró la puerta, y yo respiré tranquila. ¿Quiere vd. alguna cosa? me preguntó notando mi palidez.—¡Agua....! ¡agua....! le respondí, que me ahoga la sed....!

Al instante me sirvió un gran vaso de agua, que lo bebí como si solo contuviera una gota; pedí otro y otro; hasta que alcancé mitigar la sed. Satisfecha esta necesidad, le supliqué me diese algo de comer, y cariñosa me dió lo que tenia dispuesto para ella.

Mas tranquila, y reanimada con el precioso alimento, quise pagar la hospitalidad de aquella señora confiándole cuanto me

habia pasado, excepto lo que tenia relacion con mi deshonor. Llegada la noche, le supliqué me acompañase á una canoa traquina de las que vienen á México: ella condescendió; y despues de embarcarme en la expresada canoa, me despedí dándole las gracias por sus inestimable favores, y vine á la capital, donde á nadie tenia de mi parte, donde me era preciso esconderme de las personas que me conocian. Al siguiente dia el hambre se dejó sentir de nuevo, y para no perecer, me fué preciso recorrer la ciudad con objeto de proporcionarme el sustento por medio del trabajo. ¡Ah!.... ¡cuántos desaires, cuántos bochornos me ví precisada á sufrir solicitando de puerta en puerta un destino de criada!.... Le confieso á vd. que al verme sola en la calle, despreciada y sin recursos, el corazon se me oprimió de una manera espantosa. Yo no sabia á dónde dirigirme ya.... tenia hambre y carecia de medios para saciarla... ¡Ah!.... D. Enrique, entonces envidié la suerte de esas infelices mujeres que muelen el maiz sobre una piedra, pero que te-

nian un cuarto húmedo donde dormir y una escasa y pobre comida!.....

—¡Espantosa situación.....!

—Viéndome, pues, abandonada de mis semejantes, recurrí al cielo: pensé en la Madre de los afligidos, y entré al templo de la Soledad de Santa Cruz, á pedir á la Reina del cielo favor y consolacion en mi amargura. Nunca mi corazon se ha levantado con mas fé al trono celestial; mi alma parecia ensancharse á medida que oraba, y mis ojos estaban cubiertos de lágrimas. Tan ferviente debió ser mi oracion, que mi ademan y mi éxtasis llegaron á despertar el interes de una señora que estaba á pocos pasos de mí.—¿Le ha sobrevenido á vd., me preguntó acercándose, alguna desgracia?— ¡Ah! ¡muy grande, señora..... muy grande!..... ¡estoy sola en el mundo.... amo la virtud.... estoy muriendo de hambre.... quiero servir.... y no encuentro dónde!.....

—Estoy seguro de que aquella mujer se interesó por vd.

—Sí, D. Enrique; á los templos, á la casa de Dios, van los afligidos y los buenos, y

los afligidos y los buenos se comprenden y salen consolados.

—¿Le recibió á vd. en su casa?

—Desde el momento mismo.

—¿Y vd. le contó la posicion que habia ocupado en mejores dias en la sociedad?

—No, D. Enrique: yo queria ser útil y no una carga pesada. Referirla mi nacimiento, hubiera sido obligarla á que me tuviera consideraciones que la hubieran impedido mandarme aun las cosas mas precisas.

—Veo que en vd. la delicadeza es el mas acertado consejero.

—Comparando la posicion que ocupaba con la que en poder de Rossi me ví precisada á pasar pocos dias antes, me pareció haber llegado al colmo de la felicidad. Yo trabajaba con un empeño y actividad, que me atrajeron la estimacion de la bondadosa señora que me acogió en su casa. A los dos meses advertí que el portero de la casa empezó á mirarme de una manera que traduje por amor. Sin embargo, á pesar de sus palabras cariñosas, jamas se atrevió á traspasar cierto respeto, que sin duda le imponia mi

aire y mis modales, que en nada se parecían á los de las criadas que hasta entonces habia conocido. "Pilar, me dijo un dia la señora, llamándome á su cuarto. Pedro, mi portero, ama á vd.: es un hombre honrado á quien aprecio por su lealtad hacia mi familia: no se ha atrevido á hablar á vd. de casamiento, y me ha encargado á mí el asunto: yo he pensado, si no tiene vd. inconveniente en acceder á su deseo, en aumentarle el salario, para que puedan vdes. vivir cómodamente. Responda vd., pues, con toda franqueza, ¿consiente vd. en ser su esposa?"

—Aquella pretension era absurda, inadmisibile.

—Sin duda, D. Enrique: al escucharla me estremecí como el desgraciado á quien anuncian de repente su sentencia de muerte, y necesité llamar en mi auxilio toda mi razon, para poder disimular el desagradable efecto que me habian causado aquellas palabras.

—Comprendo todo lo que sufriria vd. en aquel momento.

—Yo debia mil favores, mil distinguidas pruebas de cariño á aquella bondadosa señora que, como el ángel de las misericordias, me habia extendido en el templo su mano caritativa, arrancándome de la miseria mas espantosa el dia mismo en que el mundo egoista, sordo á mis súplicas, me cerraba las puertas de la compasion, sin ver que á su golpe se abren tal vez las de la ignominia y de la vergüenza eterna.

—Sí, su benévola accion debia ser para vd., tan buena y agradecida, el agente mas poderoso que presentar podia para alcanzar de vd. el sacrificio de su alma.

—Sí, D. Enrique, pero mi corazon no me pertenecia ya: á pesar de mi desgracia, á pesar de conocer la equívoca posicion que ocupaba, y hallarme persuadida de que jamas podria realizar el bello ideal con que habia soñado en mis felices dias, amaba al hombre que me habia hecho presentir un mundo de ventura y bienandanza, y nadie podia ocupar el lugar que él ocupaba en mi corazon. Sabia que ya no podia ser de él, y sin embargo, no me hubiera unido al

mas potentado de la tierra, solo por no verme obligada á renunciar á cierta esperanza vaga, indefinible, pero dulce y consoladora, que como una ráfaga de tibia luz lanzada por el último rayo del sol, penetraba en el fondo de mi llagado corazon.

—No puedo menos de aplaudir esos nobles sentimientos.

—Me era doloroso desairar el deseo de mi protectora; pero no podia tampoco sacrificar mis mas caras afecciones, mis dulces pensamientos, mis recuerdos, mi existencia entera, á la gratitud y á las consideraciones que le debia.

—Tenia vd. razon.

—Ademas, la educacion, esa reguladora de la naturaleza que norma las acciones del hombre y hasta comunica á las facciones cierta dulzura que forma el sello de la fina sociedad, esa educacion, repito, era un terrible valladar levantado entre el sér que se me proponia, y esta desdichada mujer á quien la desgracia no habia hecho olvidar lo que valen los esmerados principios recibidos en la niñez.

—¿Pero vd. alegó para escusarse, alguno de esos motivos?

—De ninguna manera.

—Entonces....

—Señora, la dije, si no tiene vd. un empeño marcado en lo que me propone, y si la pretension de ese hombre no aprecia vd. en mas que mi tranquilidad, yo le suplico me releve del compromiso que de mí se exige: estoy sumamente agradecida á las multiplicadas pruebas de aprecio que me ha dispensado vd. desde que tuvo la bondad de salvarme de la miseria; nunca se borrarán de mi alma, los beneficios que me ha prodigado vd.; pero será uno de los mas distinguidos favores que agregaré al catálogo de sus infinitas bondades, el que se me permita seguir, como hasta aquí, sirviéndola á vd., sin contraer un lazo demasiado fuerte para mis débiles fuerzas.

—¿Y no se mostró disgustada por tal respuesta?

—Todo lo contrario. Veo, me dijo sonriendo, que no me he equivocado en mis conjeturas: vd., Pilar, está muy lejos de

pertenecer á la clase en que se encuentra; sus distinguidas maneras, sus finos modales, su amena conversacion, su claro talento y ese aire no vulgar que forma contraste con el modesto traje que lleva, me hacen ver, lo que mil veces he sospechado, esto es, que su nacimiento de vd. ha sido elevado.

—¿Y lo confesó vd?

—De ninguna manera. La dije, sí, que mi educacion habia sido esmerada; que mi padre, honrado español de regular fortuna, no habia descuidado medio ninguno para hacerme digna del aprecio de la fina sociedad; pero que habiendo quedado huérfana poco despues de los tristes acontecimientos del Parian, en que aquel perdió lo poco que tenia, no podia aspirar á nada que no estuviese en el círculo de la esfera en que me encontraba. Sin embargo, agregué, no quisiera casarme jamas; y si vd. no está descontenta conmigo, le ruego me permita continuar sirviéndola como hasta aquí.

—¿Y qué contestó?

—Prometi6 respetar mi deseo y dar á Pedro una respuesta que, aunque negativa,

no le humillara ni le hiciera renunciar para siempre á la esperanza. Es tan buen hombre, me dijo, me ha servido siempre con tanta lealtad, que no quiero arrancar de su corazon la dulce ilusion que el tiempo toma á su cargo desvanecerla.

—¡Perfectamente!—exclamó Enrique.—

Era una señora que reunia á las preclaras virtudes del corazon, el talento y la prudencia.

—Yo quedé—continuó Pilar—contentísima con el favorable giro que habia tomado aquel asunto que me habia inquietado: agradecida en extremo á aquella última prueba de aprecio, me anticipaba á los pensamientos de mi protectora para servirla antes de que sus labios se abrieran á indicarme una cosa. Por algun tiempo se deslizó así mi vida, sin que viniesen á intristecerla mas que el recuerdo de mi anciano padre, la ignorada suerte de mi querido hermano, y la memoria del hombre que vivia en mi corazon....!

Y Pilar no pudo contener el llanto que

le arrancaban aquellos tres objetos con quienes habia desaparecido su felicidad.

Enrique trató de consolarla.

—Perdone vd. mi debilidad—continuó Pilar enjugándose las lágrimas:—sí, yo era bastante feliz, cuando un domingo, al estar oyendo misa en Catedral, en el altar del Perdón, sentí que un hombre se detuvo junto á mí, pero tan cerca, que su aliento vino á bañar mi rostro: yo volví la cara para mirarle, y un estremecimiento interno sacudió todos mis miembros.

—¿Pues qué, aquel hombre seria tal vez?..

—Rossi.

—¡Rossi!....

—Sí, Rossi, que tenia clavados en mí sus ojos como el tigre sobre la presa que anhela devorar.

—¡Fatal contratiempo!

—Yo me cubrí el rostro con el *tápalo* (1), horrorizada: apreté las manos contra mi corazón que saltaba dentro del pecho, y me senté para disimular el abandono de mis fuerzas.

[1] Pañolón de Manila.

—Continúe vd. porque estoy impaciente por saber el resultado.

—Yo quise elevar mi oracion al Señor, pidiéndole me favoreciese en aquel trance; pero el miedo y el terror conducian mi pensamiento á otra parte, al sitio en que estaba aquel hombre que la fatalidad arrojaba en mi camino.

—¿Ni cómo hacerse superior al sentimiento impreso por Dios en la débil naturaleza?

—Por fin se concluyó la misa, y yo me quedé rezando para ver si Rossi se alejaba cansado de esperar, pero todo fué en vano; el vengativo sardo, se acercó á una de las columnas del templo, y apoyado en ella, y sin apartar de mí la vista, esperó tranquilo á que acabase mi oracion, convencido de que no podria alargar mucho tiempo mi permanencia.

—Pero ¿qué iba vd. sola?

—Sí, señor, sola: habia estado ocupada, y marché á la última misa que se celebra á las doce.

—¡Qué imprudencia!

—Viendo que era ya tarde, y que Rossi permanecía allí, me decidí á salir, resuelta á recibirle á speramente. No bien me ví en la calle, apresuré el paso cuanto pude; el sardo estaba ya próximo á alcanzarme, cuando le detuvo un amigo: yo aproveché aquella coyuntura que la consideré como enviada del cielo, y penetré en el portal de Mercaderes, lleno en aquel instante de un gentío inmenso: allí, aunque persuadida de que habia perdido mi huella, aligeré mas y mas mi marcha, cruzando luego por el portal de Agustinos, donde hormigueaba la gente viendo ya las estampas colocadas en las puertas, ya los libros viejos extendidos sobre las alacenas, que en tales dias permanecen cerradas. Al terminar el expresado portal, volví el rostro hácia todas partes á ver si alguien me seguia, y cerciorada de que nadie me espiaba, penetré en la calle de la Palma.

—Por fin se libró vd. de su tenaz perseguidor,

—No, D. Enrique, yo tambien lo habia creido así, pero me engañé.

—¡Cómo!....

—Mientras yo iba paso á paso entre la multitud del portal, Rossi marchaba por fuera, por lo que despues supe, sin que me perdiera de vista, y se colocó debajo del cuadro de Ntra. Señora del Refugio, que adorna la calle del mismo nombre, para ver el rumbo que yo tomaba.

—¡Siempre y en todas partes ese monstruo!

—No bien me descubrió, echó á andar tras de mí; pero sin acercarse á hablarme. Entonces crucé varias calles con objeto de aburrirle y ver si desistia de su empeño, pero notando que todo era inútil, me resolví á entrar en mi casa, viendo que habia trascurrido mas tiempo del regular.

—¡Y el sardo?

—Rossi quedó enfrente del zaguan hasta que se cercioró de que allí vivia.

—¡Y despues?

—Despues todos los dias cruzaba la calle de arriba abajo, esperando á que yo saliera

á desempeñar algun encargo de la señorita, y rara vez podia burlar su vigilancia. Mi vida, desde entonces, fué un martirio, una conitnua inquietud: no podia dar un paso, sin que no me viese seguida de aquel furioso que se habia constituido en mi perseguidor.

—Apenas se puede concebir tal refinamiento de maldad.

—Llegué á cobrarle tal miedo, que varias veces me fingí enferma para no verme precisada á salir de casa.

—Tenia vd. sobrada razon para ello.

—Pero aquellos pretextos no podia presentar con frecuencia: era criada y no podia negarme á desempeñar mi obligacion.

—Veo que un extremo de delicadeza, va á acumular males sin cuento sobre vd.

—No se equivoca vd., D. Enrique. Un dia en que habia salido á traer varias telas de una tienda para la señora, me ví tan acosada de Rossi, que, para librarme de él entré en un zaguan fingiendo subir á la casa á dejar algun recado: entonces el sardo, lejos de abandonar su intento, penetró tras

de mí y subió la escalera en dos brincos hasta alcanzarme.

—¡Qué osadía!

Exclamó Enrique apretando los dientes sin poder contener su indignacion.

—Yo quedé petrificada de miedo. “Pilar, me dijo con acento terrible y asiéndome del brazo fuertemente, no vengo á pedir una palabra de amor; vengo sí, á decirle que el hombre que me ha robado ese corazon, detesta la memoria de la mujer que no le puede llevar ya la pureza de las vírgenes: que maldice el nombre del sér que juzga envilecido. Sí, Pilar: D. Antonio, ese hombre con quien vd. soñaba una vida de interminable ventura, sabe por varios amigos suyos y confidentes míos, la fatal historia acaecida en aquella negra noche que desapareció vd. para siempre de la casa paterna; juré convertir su amor en desprecio y aborrecimiento, y hoy se avergüenza de haber puesto los ojos en una jóven, que juzga indigna de su cariño sin mancha.

—¡Tanta maldad!...

—¡Ah!... yo no sé lo que sentí al escuchar aquellas palabras: mi pecho se oprimió como si hubieran colocado sobre él una plancha de hierro; mi rostro se cubrió de una palidez mortal; la sangre se coaguló en mis venas; y un sudor frío como el de la muerte bañó todos mis miembros, mientras el carmin de la vergüenza coloreaba mis mejillas: el abandono de la sociedad, la pérdida de cuanto amo, el desprecio del mundo, todo lo hubiera soportado resignada; pero sobreponerme á la idea de aparecer envilecida á los ojos del hombre mas virtuoso de la tierra: pasar ante él por una mujer indigna del profundo cariño que veces mil me habia jurado.... ¡Ah!... esto era el colmo de la desgracia, y superior á las fuerzas de una débil mujer.

—Sin duda que sí.

—Agobiada con el peso del dolor, traté de separarme de aquel hombre que con sus palabras habia desgarrado mi corazón; pero sacudiéndome del brazo, me dijo: "Pilar, el porvenir de vd. será funesto si aun sigue vd. en su sistema de desprecios ahora que

ya conoce vd. el lugar que ocupa en el alma del que fué mi rival, preciso es que conozca vd. mis invariables planes: ó se resuelve vd. á ser mia, ó cuente vd. con mi venganza: donde quiera que vd. vaya, allí estaré yo: donde quiera que vuelva vd. sus ojos, se encontrarán con los míos: donde quiera que pronuncie vd. una palabra, allí estarán abiertos mis oídos para recogerla. Adios; dentro de algunos días volveré á ver á vd.: si recojo de sus labios una promesa de amor, seré su esclavo; si una palabra negativa, su verdugo." Y sin esperar á mas, bajó la escalera precipitadamente y salió á la calle.

Yo trémula y sin fuerzas para sostenerme despues de haber recogido en la tienda las telas encargadas, me dirijí á casa, y desempeñado mi deber, entré en mi cuarto para desahogar en lágrimas el peso de mi corazón. Al verme sola, me dejé caer sobre una silla; oculté el rostro con ambas manos, y dominada por la vergüenza y el terror, solo tuve fuerzas para sollozar, y pensamiento para tener presente el despreciable

concepto que de mi conducta debiera haberse formado el hombre que hasta entonces me había comparado con los ángeles.

Pilar se estremeció al llegar á este pasaje, y como si la relacion de aquella amarga historia hubiera hecho comparecer á su presencia al sér cuya estimacion apreciaba mas que la vida, se cubrió el rostro con el pañuelo para ocultar la sangre que se agolpaba del corazon.

Pilar era una de esas jóvenes tiernas y sencillas que bajo el humilde traje de la pobreza, y en medio de la clase abyecta adonde la suerte las ha arrojado, conservan siempre vivo el divino sentimiento del pudor, esencia eterna de las almas puras, como conserva la perla su delicada brillantez bajo la ordinaria concha en que está oculta, y entre los sucios yerbajos en que se sepulta.

Enrique aplaudió en su interior los nobles sentimientos de aquella mujer, y respetó su dolor, sin atreverse á interrumpir el silencio en que había quedado.

Pilar permaneció algunos instantes mas, preocupada con los recuerdos que había despertado en su alma aquella relacion, y luego, mas serena, continuó su historia de esta manera.